

Difícil —entre otros motivos, por aventurada— es la empresa de caracterizar, inequívoca y adecuadamente de vez, la figura filosófica de Platón. Todo lector asiduo y reverente, y todo traductor con ojos de literato y filósofo, se ha visto, al final del trabajo, emplazado, y aun retado, por el interrogante: ¿quién y qué, por fin, será Platón? Y cada uno ha dado su respuesta —o ha renunciado prudentemente a ello.

Machado, sin proponérselo, dio, a mi parecer, la más acabada y penetrante caracterización de Platón, al escribir en uno de los tercetos de un soneto suyo — e los atribuidos modestamente por él a Abel Martín:

*Si un grano del pensar arder pudiera
no en el amante, en el amor, sería
la más grande verdad lo que se viera.*

(*Obr. Complet.*, Edic. Séneca, México, 1940, p. 365.)

Platón es, precisa y justa mente, eso: un grano del *pensar* que, puesto a arder en *amor*, dió al mundo la luz de la *mas grande verdad* que se ha visto en la historia. Platón es la luz emanante de la fusión de pensar, amor y verdad; o de de Idea, Bien y Verdad, puestos a arder. Lo demás que fue Platón cae en el orden de lo insignificante, o en el de condición

próxima o remota —necesaria, cuando más, nunca suficiente— para determinar quién es.

La pregunta elevase así de nivel:

Primero, para que el pensar pueda arder —aparte de su ordinarias funciones que, son, entre otras, explicar las cosas definidas, sólidas y cristalinas— ¿qué combustible adecuado emplear: amante o amor?

Segundo: ¿Qué forma o estado ha de tomar el pensar para que pueda arder? —basta para ello que sea pensar discursivo, definidor, opinable...

Tercero: Hallado el estado del pensar, adecuado para arder en amor, ¿será *verdad*, y, sobre todo, *la más grande verdad*, lo que se vea?

Cuarto: Admitiendo que sea la más grande verdad lo que brote de fundir pensar y amor, ¿la verdad resultante será del tipo relámpago o del de la serena y firme luz del sol?

Y basta con estos interrogantes para desencadenar la reacción en cadena de otros, y dejarlos todos en suspenso, pues el autor de este artículo no sabe, con saber digno de esta palabra, la respuesta.

Forma del pensar capaz de arder

La pólvora arde, regada por el suelo; explota, comprimida en cartucho. El uranio arde, dejado en su mina, con no visibles rayos, pero sí con radiaciones durísimas y penetrantes: rayos gamma; mas el uranio explota montado en bomba, con cantidades críticas debidamente aproximadas en tiempo y lugar. Arde el sol, y sábase ahora que su luz y calor provienen de explosiones nucleares —fusión y fisión. Arde-y-explota.

¿Qué forma dar al pensar para que o simplemente arda o arda por explotar?

Si todas las circunferencias vistas hubieran ostentado siempre ante los ojos el color rojo, creyéramos, dice Aristóteles, que rojo era una propiedad tan esencial de la circunferencia como lo es ahora su curvatura constante. Y sería pre-

ciso gran sutileza de pensamiento para deslindar, por definición adecuada, una cosa de otra.

Hasta Platón, y aun después de él casi siempre, el pensar había presentado ante la mente varias formas o estados: pensar intuitivo de *ideas* de simplicidades lucientes típicas y ecortadas, o la de pensar *ser*, dispensando opiniones y fenómenos, o la de pensar discursivo, o la de pensar corriente, cotidiano, común, y otras.

La opinión o pensar opinativo, la recta opinión misma, el pensar científico mediante *eidos* o esencialidades dan, sin lugar a dudas, cada uno su luz —tranquila, segura, definida.

Platón, como buen griego, padeció —si es que se puede llamarlo enfermedad o pasión— de obsesión solar —de heliotropismo. Nosotros la hemos perdido a manos de ese invento que es la luz eléctrica. Hemos perdido la obsesión por el sol, por el *hágase luz*: petición, anhelo y necesidad diaria en otros tiempo; y, al perderla, desvaneciéndose el halo de divinidad del sol —o su más modesto de modelo metafísico.

El sol luce y arde con luz y ardor descubrientes y engendradores. ¿Qué más natural o inmediata exigencia, pues, que la de pedir a la lucecita mental que es el pensar que se ponga a la altura del sol: arda y luzca?

Implicito y ejercitado proyecto de Platón.

La pólvora, regada por el suelo, arde; mas no explota. El pensar discursivo, pólvora es, derrama cual reguerito por cosas, uniéndolas una con otra mediante más o menos intermedios, siempre con un término medio común. Y da su luz.

El *eidos* o definiciones de hombre, piedad, justicia, amistad... o de tierra.. foquitos son de luz, de alcance delimitado —inas, dentro de él, discretos en iluminación.

Pero el sol es sol. Y ahí, cual *omnividente ojo del cielo*, que dijera Esquilo, está, tranquilamente desafiante. Su luz no es *eidos* concreto y delimitado —cual los de hombre y agua, de circunferencia...—, es *idea* y *no pequeña* (*La República*, 507 c - 508 a).

La obsesión por el sol continúa presente y actual te. Y lo que es peor, o más profundo, descalificando las demás luces, aun las esenciales (*eid* :). La luz del sol —luz alor, uz ardor— ¿ha de emplearse para hacer que la mirada converja

hacia él, cual hacia principio, o bien servirse de ella como de simple medio para ver las cosas —agua, tierra, plantas, animales, hombre...—, siendo éstas el fin y el final, el ápice y acto último del conocimiento y del ser?

Se trata, sabémoslo ahora, no de un problema teórico, sino de una decisión previa a todo filosofar, y de la que depende el tipo mismo de filosofar. Es cuestión no de verdad o falsedad, sino de *ponerse* (Husserl), por un acto libérrimo, a tratar sol cual principio, y cosas cual principiadas; o *ponerse* a dar la primacía a las cosas, y el carácter de medio a sol y a luz.

Platón, con tanto derecho al menos como Aristóteles, se puso a, se *decidió* por mirar todo hacia sol, cual principio; por el mero hecho de tal decisión lo sensible quedó orientado hacia lo eidético, y esto hacia Idea de Bien —hacia Idea-Amor.

Difícil cosa es poner a arder un grano de arena, o un diamante. Más dificultoso resulta poner a arder una esencia o *eidós*, que son los granos supradiamantinos de la realidad. El pensar posee también su esencia, y más dura y reticulada que las esencias de opinión, ver, discurrir..., hombre, agua, tierra, dos...

Para poner a arder al hidrógeno y que, fundido, dé helio —y, por ello, estrellas—, hacen falta unos centenares de millones de grados de temperatura.

Para que arda el pensar no basta con el combustible de un amante, o amor concretado; hace falta el «Amor puro, sencillo, sin mezcla, no infectado de carnes, ni de colores ni de tantas otras mortales naderías» (*Banquete*, 211 e). Tal es el combustible; y tal su grado de temperatura, capaz de hacer arder la esencia de mente que es el pensar. Lo que de la mente es capaz de arder se deduce al solo pensar; lo demás es escoria o materia volátil. Lo que de los *eidós* concretos resista al ardor del amor, será lo que tenga de *idea*; lo demás no pasa de imitación, semejanza, similar, silueta, sombra: todo ello escoria eidética, idolillos.

II *Luz y Verdad*

Démonos, por unos momentos, a imaginar y, sobre todo, a pensar qué imagen, y experiencias, sacaríamos del mundo actual si tuviésemos unos ojos dotados de la finura de nuestros espectroscopios, que el humor vítreo poseyera la sensibilidad para iones de las cámaras de Wilson y Millikan, y nuestra pupila fuera tan fina como ciertos preparados fotográficos; supongámonos dotados, además, de un sentido del movimiento y el equilibrio tan delicado al menos como los mejores sismógrafos de los observatorios; y nuestro tacto, de una sensibilidad para los cambios de temperatura, su erio o igual a la de los mejores termómetros y termostatos. Es un prejuicio —es decir, una convicción anterior a todo juicio, sea ella misma verdadera o falsa— creer que el sentido de todos los hombres —la sensibilidad cual totalidad de todos los sentidos o todos ellos en grado de coafinación— haya sido, sea o será siempre el mismo.

Platón fue un hombre que, según todas las apariencias documentales, tuvo sensibilidad de sismógrafo para el mundo; lo notó sometido a continuo y aritmético movimiento, en estado de terremoto (*seismós*), y tembló por su realidad —la suya: la del hombre y por la de las cosas. No acusaremos a un sismógrafo de falsificador o alarmista porque escriba en una cinta una curva oscilante o porque nosotros no tengamos la sensación de temblor —fuera de casos extremos, raros e impresionantes por su brutalidad.

Aristóteles tuvo, en este punto, sensibilidad global; macroscópica y roma. Los dos, Platón y Aristóteles, tienen razón acerca de la realidad: macroscópica o global, el uno; microscópica y fina, el otro.

La solución no puede consistir en enfrentarlos y ver quién tiene razón, sin en unir de alguna manera sus experiencias, al modo que, en nuestros días, Bohr intenta, por el principio de correspondencia, vincular sin desdibujar mundo clásico —macroscópico— y mundo cuántico.

En este punto Platón y Aristóteles son diversos en cuanto a *hombres*. Y lo es Platón respecto de casi todos los hombres,

mientras que Aristóteles es, en este punto, igualito a la inmensa mayoría de los humanos. Pero Platón fue *griego*, por los ojos; y lo fue Aristóteles. Ser griego de ojos consiste en una cosa muy sencilla: en ver la luz del sol como bloque simple, y no cual tamizada por un prisma y descompuesta en colores, menos aún en espectro infrarrojo y ultravioleta. En este aspecto nuestros ojos fisiológicos continúan siendo griegos, mas nuestros aparatos, los ojos artificiales o los científicos —tan nuestros como es nuestra la ciencia física actual—, ya no lo son. Y aquí está el punto crítico. La mente no puede ya tomar los datos de sus sentidos cual si fueran componentes de un orden esencial, único posible: elevar el ojo a aparato científico. El que no estén a la altura de un prisma, microscopio, cámara Wilson, contador Geiger... no exige descalificarlos en su ámbito, mas tampoco elevarlos a norma única y absoluta, a proveedores de la inteligencia.

La luz natural es, sin duda, una potencia de verdad: de descubrimiento de lo que las cosas son o tienen de visible —a lo que el griego llamó *eidōs*. Poco es lo que de una realidad corporal aparece en el espejo; la imagen especular es algo, no mucho, de la cosa; y eso mismo que es, lo es por modo de simple presencial, reducido a inoperancia física. Preferirlo como declaración fidedigna y rica de las cosas define al griego, mas no al hombre, y menos aún al científico, y todavía menos al filósofo que del hombre natural y del hombre científico, cual de proveedores, tiene que vivir —de proveedores de material a elaborar en productos ontológicos o metafísicos.

Pero si *cada uno es como Dios lo hizo*, dijolo Sancho Panza, y, por tanto, perfecto derecho tiene el griego a ser hombre griego, lo posee Platón para ser *griego de ideas*, y Aristóteles para ser *griego de eidōs*. Y aquí se divide el común camino. Dada la luz natural, y vivida cual bloque radiante, Platón es el hombre griego cuyo medio cognoscitivo y vida es la luz en bloque indistinto, sumergiente en su supraunidad e indivisibilidad todas las cosas, deslumbrándolas con su potencia, desdibujándolas en sus contornos, comiéndoseles los colores, casi más bien diluyéndolas en sí que no ella diluyéndose o repartándose en ellas. Luz como *idea* —y «*por cierto, no pequeña*». Aristóteles dirá de la luz lo que jamás dijo ni

podía decir Platón —aparte de lo que ninguno de los dos pudo decir: que es movimiento ondulatorio transversal de un campo electromagnético cuya energía, granulada o aperlada, se define por el producto de la constante de Planck por la frecuencia.

Aristóteles, puesto a decir en palabras lo que asomada a los ojos de su mente se veía, definió la luz como el acto propio, y final ya, de lo transparente en cuanto transparente (diáfano), sobre todo del aire. *Acto último de lo transparente en cuanto transparente (De Anima, libr. II, cap. VII)*. Son, pues, las cosas —ciertas cosas privilegiadas: aire, agua, superficies sólidas y lisas...— las que hacen de potencia propia de la luz, y es ella su acto final. Luz, a servicio de *eidōs* o formas y propiedades de las cosas.

Es verdad, sin duda, mas para ojos macroscópicos, y para mente que sea mente de ojos macroscópicos —sus proveedores monopolísticos de datos. Es tan verdad que eso es, justa y propiamente, Aristóteles frente a Platón, dentro del denominador común de hombre griego. A escala microscópica, y dentro de luz y radiaciones en general —que de todos los cuerpos salen o se arrancan—, el perfil típico de los cuerpos desaparece, se desdibuja, oscila. Luz hace de medio disolvente —a la larga, eficazmente—, más que de medio uniente. Platón fue un griego con sensibilidad para percibirlo —de *mente* dotada de prismas, espectrógrafos, contadores Geiger, cámaras Wilson...

Si no admitimos, valiente y decididamente, que eso es Platón, la historia de la filosofía quedará reducida a historieta o cuentos, contados, en el mejor de los casos, no por un idiota, sino por un sabio. Pero no por eso será menos cuento el cuento.

Es falso —o digamos más modestamente: no consta— que la mente de los hombres sea de una sola e ínfima especie. Justamente los grandes filósofos, físicos, matemáticos... son las mutaciones de la especie mental, má significativas que la mansurrona, insignificante y gregaria multitud de los humanos —cada uno de tantísimos, uno cualquiera.

No se puede *ser* Platón ni ntenderlo, o *serlo* mentalmente, por sólo leerlo en sus obras; ni creer uno de nosotros

que lo ha entendido por sólo cerrar los ojos a lo que está ahora viendo: televisores, espectógrafos, microscopio electrónico... No ven ya nuestros fisiológicos ojos con la inocencia de los de un griego; nuestra ignorancia de lo que ven nuestros ojos científicos es ignorancia afectada; y, bajo ella, nuestra pretensión de entender a Platón será otra afectación —más grave, cuanto más vivamos en el ámbito de la técnica moderna, aun en sus invasiones domésticas.

La verdad en Platón —lo que es Platón en cuanto vidente y descubriente y pensante— es verdad o patencia de *idea*: todo, hombres, plantas, dioses, dos, circunferencia... sumergido en bloque de luz, disolvente lenta y segura de *eidós*.

Si se define la verdad por potencia de patencia, el tipo supremo de tal poder habrá de otorgarse a una verdad, tan singular y única, que desingularice y desinvidúe todo. La Unicidad de la Verdad —real de verdad— impone tal proceso, que recibió el nombre de dialéctico: universo real inmediato que terminará disuelto en luz, disuelta a su vez uniformemente por el universo, y mundo eidético cuyo final consistiría en disolución de sus perfiles en y dentro de *Idea*.

Ver todo eso, además de saberlo ajustadamente decir, es Platón.

El grano del pensar ha, realmente, ardidado; no en amante o cosas amables concretas, sino en *amor*: en Bien que no es bienes, sino bienes disueltos en *idea* —disolvente natural de *eidós*. Y la verdad o patencia alcanzada es «*la más grande que se viera*», pues es el predominio, realizado, de la Verdad en cuanto la Patencia.

Eddington, puesto a fantasear sobre la ciencia, en vez de fantasear sobre las vulgares imágenes sacadas del vulgar muestrario recogido de nuestros vulgares sentidos, dirá que el final del universo no será precisamente un mar de calor a baja temperatura —un baño tibio capaz de adóecer toda energía—, sino una inmensa radiodifusión: todo, convertido en ondas de radio, las ínfimas del espectro. ¿al sería la verdadera y definitiva sinfonía universal, tocada al unísono. Universo en estado de unísono real. El principio de entropía admite esa interpretación —entre otras, una vez admitido él.

La historia va haciendo —y es ella ese mismo hacer o

quehacer— que cada vez, época tras época, resulte más improbable —y por ello próximo a la imposibilidad— el poder ser Platón, el entender lo que es Platón.

Descomponemos ahora —con pasmosas tranquilidad e inconciencia— la sencilla luz del sol en espectro de colores y radiaciones; y no creemos cometer un atentado o pecado contra la luz, cuando lo fuera, y gran luminicidio, para Platón —y aún para Aristóteles. Y andan sueltos, por obra de nuestra inventiva, fotones, electrones, neutrones... cada uno con sus peculiares ondas. La mente ha hecho a su manera, bien real, cosa parecida: descompone la Bondad en bondades o bienes, bienes en cosa y valor; Verdad en verdades. Y real y verdaderamente andan ya sueltos por el mundo actual cosas, valores, verdades, ideas, cual van disparados por el mundo físico, disparados por nosotros, protones, electrones, fotones... Nos quejamos a veces de la creciente radiactividad de la atmósfera física, y protestamos airada o mansamente, con Linus Pauling y Bertrand Russell, contra las explosiones nucleares. No nos quejamos, bien al revés, de que, a manos de nuestra mente, y por virtud de esos aparatos mentales —realmente eficaces— de abstracción formal, fenomenológica, valoral... vaguen sueltos y disparados, cual proyectiles, valores e ideas, dejando indefensos y vacíos cosas y bienes.

Quien impugne, sabiendo lo que hace, la teoría de los valores, sea consecuente y súmese a Linus Pauling y Bertrand Russell en su protesta contra los experimentos nucleares. Mas quien acepte en su casa televisión, no proteste ni impugne la teoría de los valores. Son tan reales los valores como los electrones emitidos o sueltos por un bombardeo de metal con fotones. La Bondad se hace plural, y la Verdad truecáse en plural, no por proceso natural sino por artificial; e o no por artificial menos real. Los instrumentos mentales de desintegración no son menos reales y menos potentes que los físicos; sí son más sutiles, ellos y sus productos.

Valores e ideas son producto de desintegración artificial de *Bien e Idea*.

En tiempos de la tón y, su gado, en l s d . Aristóteles, el mundo natural y el mental estaban aún íntegr —en Platón, integérrimos. ¿Se fueron tales tiempos para no vol-

ver? Si se fueron, se fueron de verdad, en realidad; y ese *se fueron* es lo que da a la historia el no ser historieta o cuentos contados por grandes narradores, sino el ser la serie retrospectivamente coherente de inventos de *ser*.